

La agitacion de Silia era visible: de buena gana hubiera estrechado fuertemente la mano de Fausto entre las suyas, y á sus ojos vióse asomar una lágrima furtiva, diciendo con voz comprimida por la emocion maternal:

—Aceptad la expresion de mi gratitud en nombre de esos jóvenes.

El que habia denunciado á Fausto como galanteador de otra mujer delante de la que aquel amaba, con la dañada intencion de causarle un pesar, quedó sorprendido al observar la gratitud de Silia, y añadió:

—Efectivamente, Fausto tiene razon: jamas ha podido verse una semejanza más extraordinaria. Mirad, Silia, y juzgad por vos misma, puesto que la jóven dirige atentamente hácia acá sus miradas.

—Es inútil—dijo con viveza la noble patricia.

Fausto, que habia notado la turbacion de Silia y que no queria que fuese sorprendida por los demas, procuró variar el interés del momento gritando con oportunidad:

—¡Ah! ¡Mirad! Ya Bibulo hace la señal con la punta de su manto: los juegos van á empezar.

En efecto: á los pocos momentos se presentaron los carros con sus tiros de caballos para disputar los premios de la carrera.

Las grandes facciones ó partidos de azules y verdes, de amarillos y encarnados en que se dividian los aficionados de Roma, y que en Constantinopla hicieron vacilar el imperio por los tumultos que exitaban, tenían igualmente sus afiliados en las colonias y en las provincias. Pero en Nemausus, así como en Roma, eran los azules y verdes los que más habian conquistado el favor y las simpatías del público; de modo que al dar los carros la vuelta por el Circo fueron respectivamente aplaudidos por cada uno de los bandos, segun los colores que ostentaban. La mayor parte de estos trenes al pasar por donde estaba Silia se detenian, porque casi todos pertenecian á los jóvenes patricios que rodeaban á la noble romana, y éstos, con el pretexto de dar algunos consejos ó algunas órdenes á los mayores, hacian admirar con detenimiento la hermosura de sus caballos y la riqueza de sus carros y de sus arreos. Algunos de aquellos jóvenes, afectando una desconfianza y un desagrado que ellos mismos habian preparado de antemano, saltaron al Circo y tomaron en sus propias manos las riendas de sus caballos, despidiendo á sus cocheros con fingido disgusto. Despues, dirigiéndose á Silia al compas de las cabriolas de los corceles, gritaban á la noble dama:

—Haz votos por mi triunfo y estaré seguro de la victoria.

—Bien sabes que pertenezco al bando de los azules—decía Silia—y en tal concepto, apuesto una copa de bronce de Corinto por aquel carro de hermosos caballos blancos oriundos de España.

—Yo apuesto en contra—exclamó prontamente Fausto. Y despues alzando la voz gritó al cochero:

—Milon, es preciso que seas el vencedor: he apostado contra tí.

—¿Es ese vuestro carro?—preguntó Silia.

—Sí—respondió Fausto—y yo apuesto contra vuestra copa de bronce de Corinto un baño de mármol blanco.

—¿Y deseais perder?

—Por el contrario: es que deseo que ganeis para ofrecer un obsequio que sin eso Silia no hubiera querido aceptar.

—¿Pero entónces yo no podré daros nada?—exclamó la bella romana.

—¡Oh! Si vuestros labios hubiesen tocado los bordes de la copa que habeis apostado, mi carro sería vencedor, aunque tuviera que ir yo mismo á conducirlo y á hacerme señalar con el dedo como esos jóvenes aturdidos.

—Pues bien—dijo Silia—envíadme el baño y yo os enviaré la copa: así habre-

mos ganado los dos. Ved ahí el resultado que yo desco en nuestra apuesta. Despues, que suceda lo que fuere del agrado de los dioses.

Entre tanto, por todas partes se concertaban innumerables apuestas. Los más incautos y los ménos experimentados, que juzgaban del vigor y de las cualidades de los caballos por el lujo y esplendidez de sus arreos, apostaron en favor de los trenes más ricamente ataviados; pero los verdaderos inteligentes no eran tan ilusos, y la misma Silia, que ya contaba con alguna experiencia, comprometió sumas de mucha importancia apostando por los caballos de Fausto.

Siendo 16 el número de los carros que se disputaban el triunfo, se dividieron en cuatro secciones ó tandas de cuatro carros, estando representados los cuatro colores en cada una de ellas.

Debían correr separadamente cada una de las cuatro tandas, y los que resultasen vencedores en la suya respectiva, formarían la quinta seccion ó tanda para disputarse definitivamente el triunfo.

Dada la señal comenzaron las carreras, habiendo correspondido al carro de Fausto, que era de los azules, formar en la cuarta seccion. En las tres primeras pruebas ganaron los verdes, y en la cuarta al-

canzó la victoria el carro de Fausto, quedando por consiguiente él sólo encargado de defender la reputacion y el crédito de los azules. Su desventaja era conocida, pues no sólo tenía que luchar con caballos de gran vigor y de una fama extraordinaria, sino que habiendo tenido éstos tiempo suficiente de reparar sus fuerzas con el descanso, miéntras se verificaba la cuarta prueba, volvian á correr los caballos de Fausto en la quinta sin disfrutar de ese reposo, lo cual acrecentaba las dificultades de la empresa.

Las condiciones y circunstancias con que se concertaban las apuestas merece la pena de que se apunten. En las primeras pruebas se apostaba por el color, y si concluidas las cuatro pruebas cada color tenía iguales ventajas, podia deshacerse la apuesta ó aumentarla á voluntad de los interesados. Si en aquella ocasion hubieran ganado las pruebas dos azules y dos verdes, Silia hubiera podido retirar su compromiso, pero no habiendo triunfado en las primeras pruebas más que ün azul contra tres verdes, estaba obligada á sostener todo el importe de sus apuestas, ó de lo contrario, dar por perdida la mitad de las cantidades apostadas.

No obstante la serenidad y confianza que Silia se esforzaba en aparentar, Faus-

to pudo comprender que era presa de la mayor intranquilidad, por las preguntas que la dirigia respecto á la destreza de su cochero, á la cualidad de sus caballos y á las condiciones de su carro.

—Silia—le dijo el tribuno—¿no tienes fe y confianza en mi fortuna?

—La tendria mucho más en tí mismo—respondió Silia.

—¿Quieres verme descender al Circo?

—Otros más nobles que tú lo han hecho—replicó Silia.

—Tambien ha habido otros ménos nobles que yo, que han preferido morir ántes que consentir en tal degradacion—contestóle amargamente Fausto.

Aquella respuesta de Fausto se hallaba plenamente justificada con mil ejemplares de ciudadanos de todas clases que habian preferido la muerte á la infamia de mezclarse en los juegos ó luchas del Circo. Silano no era ciertamente el único que habia tenido el valor y la abnegacion de sacrificarse por su honra; pero el recuerdo de su esposo fué el ejemplo que acudió á la memoria de Silia, bajando humildemente la vista abochornada y confusa. Fausto creyó que la turbacion de Silia era solamente por efecto de la dureza de sus palabras, y se apresuró á decirle con el tono de la más dulce ternura:

—Sin embargo, creo que hay un medio de presentar honroso á los ojos del público el deshonor de descender al Circo. Ese medio es el de intentar y disputar la victoria, no por el interes miserable de una sórdida ganancia, sino por el de complacer á una dama que exige esta prueba de amor: ordéname que conduzca mis caballos y bajaré al Circo.

Temerosa Silia de perder las crecidas cantidades de dinero que por vanidad habia comprometido en aquellas apuestas, ó impulsada, quizás tambien, por ese instintivo é irresistible sentimiento de tiranía amorosa de las mujeres, que se complacen exigiendo algunas veces actos de valor á hombres fallos de ánimo, debilidades á los más fuertes, é indignas complacencias á los nobles de corazon, el caso es que Silia dijo á Fausto que ella deseaba que fuera él mismo quien condujese sus caballos; y para que nadie pudiera dudar que sólo por ella era por lo que accedía á tal pretension, despojóse del rico palio que cubria sus espaldas, y desgarrándolo con sus propias manos, entregó un largo jiron á Fausto y el jóven tribuno saltó inmediatamente al Circo y corrió á montar sobre su carro, llevando en la mano y desplegando al viento aquel emblema como escudo de su accion y como símbolo de su empeño.

Fausto gozaba de grandes simpatías con el pueblo, y éste aplaudió en él con entusiasmo lo que poco ántes habia chiflado y escarnecido á otros jóvenes patricios.

El Duunviro, que habia estado observando atentamente cuanto habia pasado entre Silia y Fausto, palideció de furor y excitó con punzantes alusiones y equívocos chistes á los contendientes del tribuno, que todos eran jóvenes de la nobleza, dueños de los trenes que habian obtenido el triunfo en las carreras de prueba, lo cual hacia que la victoria en la decisiva fuese disputada por hombres de igual nacimiento, aunque de condicion y rango distinto.

La gentileza y donaire que imprimia Fausto á todas sus acciones le daban cierto aspecto de superioridad, infundian una simpática confianza en el éxito de sus empresas, y le hacian aparecer como árbitro de su propia fortuna. Así fué que desde el momento en que se le vió montar sobre su carro y empuñar las riendas de sus caballos, parecia como que llevaba en sí la seguridad de la victoria, y hasta los mismos corceles parecian reconocerle, sin que él los hubiera excitado; porque al punto empezaron á encabritarse orgullosamente, piafando con demostraciones de fogosa impaciencia.

Bien pronto los clarines dieron con sus

ecos la señal de la partida, y los cuatro carros se lanzaron á la vez á la lucha con una rapidez tan igual y tan unidos, que no parecía sino que formaban un solo tren y un solo tiro envuelto en una inmensa nube de polvo; pero el ojo experimentado é inteligente podia observar que dos de aquellos conductores impulsaban y acosaban con frenético esfuerzo sus caballos, mientras que los otros dos contenian los suyos para conservar aquella igualdad, porque, aunque más fuertes hubieran podido desde un principio aventajarles y tomarles la delantera, querian, no obstante, extenuar las fuerzas de los más débiles para ponerlos con mayor seguridad fuera de combate.

Así se sostuvo la carrera en toda la primera vuelta; pero en la segunda se destacó del grupo el único adversario digno de competir con Fausto y los aventajó á todos.

El bando de los verdes empezó á aplaudir con entusiasmo, y la alarma cundió entre los partidarios de los azules. Estos, sin embargo, reflexionaban y se tranquilizaban, juzgando que la pequeña ventaja de adelante habia sido obtenida por haber excitado prematuramente los caballos; pero los otros respondian que el que habia tomado la delantera se habia asegurado el

medio de poder cortar siempre la carrera y la colada del carro de Fausto.

En efecto, el jóven tribuno habia seguido el ejemplo de su rival y le acosaba de cerca; pero su adversario, cuidadosamente atento á cada uno de sus movimientos, le cruzaba sin cesar la pista con una destreza y con una oportunidad que desesperaba y llenaba de angustia á los que habian apostado en favor de Fausto. Estas estratagemas continuaron durante toda la segunda vuelta; pero tan violento y penoso manejo no podia ménos de fatigar extraordinariamente á los caballos del primer carro, porque se les obligaba á cambiar á cada momento de direccion. Fausto lo tenía previsto: aparentando contener sus caballos, cuando su adversario parecia no dejarle espacio entre su carro y el muro del Circo, los excitó hácia el lado opuesto, llegando á colocarlos al lado de su rival, quien aprestándose á cerrarle el paso, se arrojó con su carro por la izquierda con intencion de atropellar y herir los caballos de Fausto; pero ya el tribuno contaba con este movimiento, y deteniendo súbitamente su carro se precipitó en seguida por la derecha con una destreza y una rapidez tan feliz, que cuando su rival pudo darse cuenta de aquella maniobra

para volver sobre su ventaja, ya el tribuno le habia tomado la delantera y bien pronto le dejó bastante lejos para poder considerar como suya la victoria.

Los accidentes de esta lucha habian tenido comprimido el ánimo de Silia y suspenso toda su atencion; pero desde el momento que vió y consideró á Fausto seguro del triunfo, no pudo ménos de dirigir sus miradas á cierto sitio de donde partia el eco de una voz débil, trémula y anhelante que á cada vuelta gritaba:

—¡Animo, Fausto! ¡Valor!

Y Silia pudo ver que quien así demostraba los accesos de su entusiasmo y la sensacion del interes que en su ánimo despertaba el éxito de la carrera, era una jóven que, con el cuerpo inclinado, la mirada fija, y los brazos extendidos, estaba sentada junto al poeta Eumolpe.

Silia entónces reconoció á su hija por la rara belleza que la distinguia.

En cualquiera otra ocasion Silia hubiera experimentado un sentimiento de noble orgullo al contemplar la hermosura de su hija; pero el acento de aquella voz tan apasionada por el triunfo de Fausto hizo engendrar en su corazon el gérmen de una sospecha tan rápidamente arraigada, que cuando Fausto regresó para volverse á co-

locar á su lado, en vez de acogerle con las atenciones de gratitud que merecia su conducta, le respondió:

— Me preguntas, Fausto, si estoy satisfecha, y ciertamente no soy yo la mujer que más puede estarlo en el Circo.

Esa es la manera de ser de todas las mujeres: acusan sólo por la razon de una sospecha, casi lo mismo que por la razon de una justificada falla, y generalmente en esos casos son tanto más crueles y severas cuanto que no pudiendo explicar los fundamentos de sus acusaciones, llegan hasta á indignarse porque se les pidan aclaraciones y pretenden que sin ellas se acepten los errores de sus injusticias.

Si las mujeres celosas quisieran comprender y persuadirse de que por haber sospechado muchas veces sin motivo vienen, por último, á tenerlo para sospechar con razon, porque ellas mismas despiertan la idea de la traicion de que se quejan sin cesar, serian más razonables, más prudentes y más sábias. ¿Pero dónde ni cuándo ha sido jamas juiciosa la pasion?

Silia, pues, dispensó á Fausto una acogida tan injusta, despues de lo que aquél acababa de hacer sólo por complacerla, y le volvió la espalda con tan marcado gesto de desagrado, que el mismo Bibulo pudo apercibirse de ello, encontrando ocasion

para regocijarse precisamente por lo que al principio le había inspirado tanta alarma.

— Ella indignada humilla y abate el orgullo de Fausto — se decía el diunviro.— Ese vanidoso tribuno ha descendido al Circo y no obtendrá otra cosa sino la vergüenza y el deshonor de haberse ofrecido en espectáculo : eso es justo.

Mientras tanto habían continuado los juegos, y terminadas las carreras de carros tuvieron lugar los combates entre fieras; después los de estas bestias contra los criminales, y, finalmente, las luchas de los gladiadores. Seguramente no se haría aquí la descripción de estos espectáculos, tan conocidos y tantas veces magistralmente reseñados en otros autores, si no lo exigiese un importante accidente que interesa muy especialmente á esta narración ó historia. Entre los gladiadores que debían presentarse aquel día se distinguía un tal llamado Asclytio, de elevada estatura y de una belleza varonil no ménos reconocida que su fuerza y valor, hasta el punto de parecer más bien un noble guerrero que no un vil gladiador. En las diversas luchas que tuvo necesidad de sostener había vencido á sus adversarios con tanta facilidad y ventaja que ninguno de ellos había sido condenado á morir, porque no parecía justo al pueblo imponer

tan enorme suplicio á hombres que demostraban el raro valor de combatir contra aquella extraordinaria superioridad de destreza y de fuerza. Este perpétuo, inevitable y constante triunfo había llegado á irritar al pueblo contra él, y los gritos y el vocerío de los espectadores reclamaban siempre nuevos adversarios que se presentasen á pelear con Asclytio.

Por último, después de vencer á cuantos se habían puesto frente á él, se presentó uno cuya estatura y feroz aspecto causaron admiración y sorpresa al mismo Asclytio, á pesar de toda su bravura. Era el nuevo gladiador un breton en el apogeo de la edad viril, de abultados y nervudos músculos, que infundía pavor con su fisonomía, la cual resultaba horrible á causa de su inculta y espesa barba y de sus largos cabellos rojos. Sus brazos y sus piernas y muslos se veían cubiertos de indelebles dibujos hechos en la piel con un punzon de acero candente, cuya costumbre fué origen de que los romanos les designasen con el nombre de pictos (1).

(1) En efecto, los romanos llamaban pictos, por la antedicha pictomanía, á un pueblo de la Caledonia que ocupaba la parte septentrional de la isla de Bretaña, cuyos habitantes resistieron á todos los esfuerzos de los romanos, y éstos, para contener las incursiones de aquellos y de los escotos levantaron la célebre Muralla de los Pictos, que se extendía al traves de toda la isla, desde

El nuevo recién venido derramó por los espectadores de las gradas su fiera y salvaje mirada, fijándola al fin sobre su enemigo con la misma sangrienta avidez que poco ántes había podido admirarse en el ojo desencajado de un tigre indomable de los bosques del Asia, que en las luchas de aquel día no había destrozado ménos de tres hombres.

Asclytio reclamó y obtuvo una nueva espada y otro escudo más ligero y manuable que los que le habían servido hasta aquel momento, cuyo cambio causó la extrañeza de todo el mundo; porque se conceptuaba que las más fuertes armas no lo serían bastante para resistir los choques de aquel nuevo Anteo (1).

Pero Asclytio lo que se proponía era fatigar y extenuar á su robusto y casi obeso adversario con la rapidez y celeridad de sus ataques y de sus retiradas, para lo cual tenía necesidad de no verse á sí mis-

el estrecho de Solway hasta la embocadura del Tyne, y tenía 100 millas de largo, 8 piés de espesor y 12 de altura, conservándose aún algunos restos de ella que pueden contemplarse en el Northumberland y Cumberland.— *N. del T.*

(1) Gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra, á quien la mitología dá 64 codos de altura, ó sean 22 varas, y que luchó con Hércules, el cual, viendo que su rival cobraba nuevas fuerzas cada vez que tocaba el suelo, lo levantó en el aire y lo sofocó en sus brazos.— *(N. del T.)*

mo extenuado y rendido por el peso de sus propias armas.

Ese ardid y esa prevision le sirvieron durante mucho tiempo, y el pueblo, que le veía reír siempre que el breton, creyéndole á su alcance, le asestaba uno de sus terribles tajos, cuya violencia sólo podía comprenderse por el zumbido del acero en el espacio, juzgó la presuntuosa fanfarronería de Asclytio tan insultante y tan insolente que empezó á manifestar sus simpatías y sus votos en favor del breton. Y en efecto, la fortuna de éste no fué sorda al ruego de los espectadores, porque en el momento en que por la vigésima vez Asclytio acababa de burlar el furor de su adversario, despues de haberlo ligeramente herido, resbaló en aquella arena inundada de sangre por su espada durante los anteriores combates, y cayendo de espaldas sintió sobre su pecho la rodilla del breton ántes que éste le diese tiempo para incorporarse.

Mil gargantas, con voces horribles y descompuestas, reclamaron en el acto su muerte, y el breton consultaba con la vista la voluntad del pueblo y la expresion de aquellos millares de brazos y de manos que se agitaban en toda la circunferencia, deseando averiguar si debía ó no herir á su

adversario, cuando un hombre de aspecto digno y respetable que estaba colocado á espaldas de Chrysis, exclamó:

—¿No habrá aquí una mujer honrada que quiera interceder en favor de ese valiente soldado?

Al oír estas palabras Chrysis volvió el rostro para poder observar al que las acababa de proferir, y éste, aprovechando aquella mirada, la dijo:

— Noble hija de Silano, salva la vida de ese hombre.

Impulsada Chrysis por una especie de temor religioso, al oír pronunciar el nombre de su padre, se puso súbitamente de pié, y levantando en alto el dedo pulgar de su mano derecha, indicó así, según la costumbre, que ella intercedía por la vida de aquel hombre. Su ejemplo, imitado por muchas de las mujeres que la rodeaban, fué ganando voluntades y Asclytio quedó salvado, habiéndose podido observar que al levantarse y dirigir la vista al sitio donde había partido la excitación de aquel anciano extranjero, cambió con éste una mirada de inteligencia.

Este incidente dió ocasion á nuevos chistes y alusiones dirigidas á Fausto, y Metello, aquel jóven patricio que al principio le había intencional y maliciosamente

felicitado delante de Silia por la belleza de la jóven extranjera á quien parecia proteger, se apresuró á decirle:

— Eres verdaderamente desgraciado en tus rivalidades, Fausto, porque dicen que ese Asclytio te había precedido en el amor de Pannychis cuando ésta habitaba en Crotona, y ahora debes ya temer que no sea él quien te suceda poseyendo el corazón de tu nueva conquista, puesto que ella, tu jóven protegida, ha sido la que ha reclamado su vida.

La indignación hizo palidecer el rostro de Silia al escuchar aquella infame suposición, y aunque durante la conversación que había tenido con Fausto había manifestado á éste que la causa de su disgusto no reconocía más origen sino el interés demostrado por aquella jóven en el éxito de las carreras, exclamó, no obstante, con colérica expresión dirigiéndose á Metello:

—¿Cómo puede un hombre de noble corazón albergar en él esos infames sentimientos contra una jóven tan pura como la luz del sol?

Después, dirigiéndose á Fausto, continuó:

—¿Y cómo puede escuchar tales ultrajes, sin commoverse, aquel que pretende haber protegido á la mujer que ha sido objeto de ellos?

Así luchaban en el corazón de Silia los sentimientos de la madre y los de la amante: aquella defendiendo su honor con nobleza, y ésta temiendo y odiando la belleza de su propia hija.

Fausto, por su parte, estaba tan poseído y subyugado por el amor que profesaba á Silia, que ya en su intención había dominado el propósito de no cumplir la promesa de la hospitalidad que había ántes ofrecido á los dos jóvenes extranjeros, para no dar lugar al progreso de las sospechas de Silia; pero su conciencia le acusaba de una acción tan poco hidalga. Así es que en aquel momento se consideró muy afortunado por presentársele ocasión oportuna de compensarla con otra buena, con la cual también dejaba complacida á la misma Silia, y en su consecuencia impuso silencio al imprudente y mordaz bromista con tal autoridad y con tan insinuantes alusiones sobre sus depravadas costumbres, que le llevaban hasta el extremo de calumniar las de los demás, que Metello humillado, bajó la vista ante la mirada arrogante é irritada de Fausto, aunque prometiéndose sordamente vengarse de esta lección, que al decir de muchos, no era la primera que recibía del joven tribuno.

Entre tanto los juegos de aquel día tocaban á su término, ó mejor dicho, entónces

era cuando verdaderamente comenzaba el último de los placeres reservado exclusivamente al pueblo. Se había limpiado el terreno del Circo, retirando los despojos de las luchas y de los combates precedentes, y se habían cubierto las manchas de sangre bajo una capa de brillante y finísima arena amarilla, abriéndose después todas las puertas, por las cuales se precipitó la multitud. Cuando el Circo estuvo casi invadido por el más vil populacho, que ántes ocupaba las gradas superiores, el Duunviro dió la orden para que por diferentes sitios del anfiteatro fuesen arrojados á la arena una porción de pedacitos de madera en forma de fichas ó dados que todos se apresuraban y disputaban coger: esto produjo un tumulto espantoso y una confusión de luchas y de combates que sin embargo no tenían nada de peligrosos, porque estaba terminante y severamente prohibido servirse de más esfuerzo que el que pudiera hacerse con los hombros y con las espaldas para defenderse y atacarse unos á otros, y aquél á quien se le hubiera visto poner las manos sobre un ciudadano para detenerle ó rechazarle, hubiera sido inmediatamente arrojado fuera del Circo por los lictores. Los esclavos encargados de la distribución llevaban dos canastillos diferentes, uno lleno de esas

fichas de madera, y el otro con unas de marfil que distribuían en las localidades de los nobles patricios y ricos plebeyos á fin de que todo el mundo tomase parte en estos juegos ó rifas de suerte y azar.

Muy luégo quedaron distribuidas todas las fichas de madera y todas las tabletillas de marfil, anunciándose que empezaba la adjudicación de los premios. Un pregonero de la ciudad, á quien su potente voz le habia conquistado el sobrenombre de Stentor (hecho famoso en los cantos de Homero) (1) subió á una especie de tribuna y preguntó á quién correspondia tal ó cual número, sin que se llamase más que á los que habian tocado cualquiera de los premios. Estos fueron para los unos un motivo de felicitacion y alegría, y para muchos otros de burla y áun de tristeza: ora consistian en una medida de trigo, en una yunta de bueyes, en una suerte de tierra; ó bien en un par de vejigas, en un perro muerto y en un grano de arena, todo lo cual producía respectivamente, ó grandes aplausos ó escandalosas carcajadas. A Siliá tocó en suerte una mesa de bronce de

(1) Stentor ó Estentor, fué uno de los griegos que concurrieron al sitio de Troya, y tenia una voz tan poderosa, que ahogaba la de cincuenta hombres reunidos. Rival de Mercurio y queriendo sobrepujar la voz atronadora de éste, murió reventado por sus propios esfuerzos. — Estentóreo. — (N. del T.)

Corinto: todo el mundo ponderó y alabó la fortuna que iba siempre acompañándola en todo, y habiendo manifestado uno de los que se encontraban cerca de Eumolpe que en esta ocasion no le parecia tan digna de elogio la buena suerte de Siliá, se apresuró el poeta á increparle para dar muestra de su erudicion y de sus conocimientos diciéndole:

— ¡Ignorante! eso dices porque no sabes que el bronce de Corinto es el más precioso de los metales, que está compuesto de todos y que reúne las condiciones y cualidades de todos. Sólido como el acero, compacto como el oro, suave como el cobre, sonoro como la plata, es susceptible de todas formas, y las conserva durante siglos enteros con la más perfecta pureza, habiéndose debido á la casualidad el prodigio de tan útil y precioso descubrimiento.

Todos los que rodeaban al poeta le rogaron que les explicase cuál habia sido el origen de dicho descubrimiento, y siendo esto muy de su agrado, les dijo que despues de la toma y saqueo de Sagunto por los Cartagineses, Annibal, que era tan ladrón y bribón como todos los de su casta, habia ordenado que fuesen arrojados á un hornillo todas las estatuas y todos los vasos de oro, de plata y de bronce

que habian sido sustraídos de aquella desventurada ciudad, resultando de esta fusion ó liga aquel inestimable metal que vale más que el más rico de los tres.

Miéntas Eumolpe daba estas explicaciones que, segun su costumbre, salpicaba de comentarios y reflexiones que él llamaba filosóficas, continuó la adjudicacion de los innumerables premios que debian distribuirse. No nos detendremos á detallarlos, pero si consignarémós que si muchos de ellos eran risibles y burlescos, los habia tambien magníficos y espléndidos, y entre estos últimos podian envidiarse una casa de campo ó quinta de recreo perfectamente amueblada, un bajel apropiado para navegar por el Ródano, y una soberbia estatua de mármol de Páros, estimada como la más bella obra de arte de la coleccion de Bibulo. Otros premios tenian el mérito de una originalidad singular, como el que correspondió á Cneyo. Habiendo preguntado el pregonero quién tuviera el número mil veinte, Cneyo se encontró favorecido con una invitacion para comer aquella misma tarde á la mesa de Bibulo, que debia reunir en suntuoso festin á los personajes principales de la ciudad, cuya circunstancia colocaba al jóven romano en presencia de su madre, sin que ésta hubiera podido enterarse de ello por hacer

ya bastante tiempo que habia abandonado el Circo seguida á poco de Fausto.

Todavía gritó la voz del pregonero llamando al tenedor del número mil ciento uno: Eumolpe era el agraciado, y el poeta se levantó con cierto aire de orgullo asomando en los labios una sonrisa que bien claramente demostraba su confianza y seguridad de haber sido favorecido por la fortuna.

—¡Y bien!—le dijo aquel funcionario retardando malignamente sus palabras— preséntate esta tarde en el Palacio de Bibulo y recibirás..... veinte y cinco latigazos sobre las espaldas.

Una explosion de risas estalló al rededor del poeta, y el pregonero añadió sarcarronamente:

—Y no te descuides en ser puntual á la cita, ó de lo contrario, en vez de veinte y cinco caricias, el duunviro Bibulo te regalará ese cuerpo con cincuenta por mano del verdugo.

El encolerizamiento de Eumolpe no consiguió otra cosa sino excitar más y más la mofa y la risa del pueblo, y la distribucion continuó con variados accidentes y resultados diversos, que no son del caso reseñar, hasta que al fin, siendo ya una hora avanzada, terminaron las rifas y con ellas los espectáculos y fiestas de aquel dia, retirándose cada cual á su respectiva morada.

Una turba de cortesanas ó meretrices de la más baja ralea y de la más abyecta desvergüenza pululaba al rededor del Circo, aprovechando el momento de la salida de los espectadores, para atraerlos con provocativas miradas, con actos impúdicos ó con palabras y promesas de goees, pronunciadas al paso en voz baja. Unas ponderaban el esplendor de sus habitaciones, otras celebraban la hermosura de sus cuerpos ofreciendo satisfacer todas las exigencias de los placeres más absurdos, y otras, en fin, incitaban todos los apetitos invitando á banquetes y festines con vinos deliciosos y manjares exquisitos que no podían esperar. También se veían algunas mujeres viejas, maestras de prostitucion y madrinas de vicios, que prometían doncellas sin estrenar, apenas acabadas de salir de la infancia. Los jóvenes calaveras y los viejos libertinos y licenciosos hacían sus arreglos en medio de aquella confusion, y los más recatados, despues de cambiar una mirada de inteligencia con la ramera ó con la zurcidora de voluntades, fingían decir al viento palabras que eran recogidas por quien podía comprenderlas, dirigiéndose luégo por calles solitarias y extraviadas á los garitos que les habían sido indicados.

Cneyo arrastró aceleradamente á su hier-

maná léjos de aquellos sitios, evitándole tan hediondo y asqueroso espectáculo. Resuelto á aceptar la hospitalidad con que Fausto le había brindado, se informó de la calle en que se hallaba situada la morada del tribuno, y acompañado de Eumolpe dieron pronto con ella. No encontraron allí á Fausto; pero éste había estado ántes para prevenir á sus criados que acogiesen con distinguida cortesía y respeto á los huéspedes que habían de presentarse.

En efecto, ya tenían preparados sus respectivos baños, y la anciana nodriza de Fausto se había encargado de satisfacer y prevenir á todas las necesidades y cuidados de Chrysis.

Cuando Cneyo salió de la sala del baño, donde había refrescado y vigorizado su cuerpo despojándose del polvo que le cubría, se vistió con un rico traje que le fué presentado en vez del suyo, y que si no le dió más belleza, le hacía al ménos aparecer más esbelto y elegante.

Por lo demas, ni Eumolpe, que estaba sumido en la más profunda tristeza á causa del premio que le esperaba á la puerta del Duunviro, ni ninguno de los dos hermanos hijos de Silano que caminaban absortos y ensimismados en sérías reflexiones, no pudieron apercibirse que habían sido seguidos hasta la casa de Fausto por

Gnaton, que obedecía las órdenes de Panichys, y por el anciano que colocado en el anfiteatro cerca de Chrysis, había impulsado á ésta para interceder por la vida de Asclytio, cuyo personaje parecía tener gran interés por conocer la morada de aquellos jóvenes. Pero ninguno de estos dos misteriosos perseguidores pudo averiguar un punto más de lo que habían visto; porque habiendo querido Gnaton hacer varias preguntas al portero de la casa de Fausto, intentando seducirle y hacerle aceptar unas cuantas monedas de oro, aquel siervo leal no sólo se negó á contestarle y rechazó la oferta, sino que enarboló su látigo para obligarle á que se alejara. El otro curioso que había sido testigo de aquella escena, no consideró prudente intentar la conquista de aquel criado fiel, y haciendo de la necesidad virtud, se contentó con decirle:

—La nobleza y bondad del señor se descubre por la virtud de sus servidores, y lo que tú acabas de hacer me demuestra, esclavo, que Fausto es merecedor de las alabanzas que la fama le prodiga.

Y así diciendo se alejó encaminándose al albergue donde se hospedaba el asentista ó empresario de los juegos del Circo, esto es, el que había contratado las fieras y los gladiadores.

III.

Silia, al entrar en su palacio de regreso del Circo, abrigaba la confianza de que Fausto la seguiría y no tardaría en presentarse. La cita que ella había dado al Duunviro no podía tener lugar hasta después que hubieran terminado completamente los juegos, y Silia tenía por lo tanto más tiempo del que ella necesitaba para recibir á Fausto y descubrir lo que podría esperar del amor de éste. Así, pues, tan luego como llegó á su morada, sin detenerse en nada, se instaló en la habitación más retirada de su gineceo, cuidando de prepararla discretamente á la media luz ó casi oscuridad tan recomendada por Ovidio á las mujeres. En seguida se despojó de las ropas suntuosas con que se había presentado en el Circo, y se vistió con una ligerísima túnica, quedando sola con su esclavá para anunciarla sus órdenes y su reservada consigna.

—Te situarás— la dijo— en medio del atrio conversando con cualquiera esclava como por casualidad, y cuando veas llegar á Fausto, fingirás no haber reparado su presencia. El portero se excusará de no dejarle pasar, y es seguro que él insistirá: entónces ya podrás mezclarte en el asunto